

PREFACIO

Comenzando el paseo que juntos haremos a través de varios temas históricos y politológicos, todos ligados a la atractiva figura de Edmundo Burke, primero trataré de esbozar los lineamientos muy generales del ideario fundamental de este político-pensador.

A través de sus múltiples discursos, ensayos y cartas, encontramos observaciones que llevan hacia las siguientes proposiciones.

1. Aunque todos hagamos esfuerzos al respecto, nadie puede realmente comprender cómo funciona en su totalidad la realidad social que lo circunda.

2. Como nadie está completamente satisfecho con el funcionamiento de la sociedad (e inclusive reprocha a ella ciertas limitaciones que en realidad son más bien defectos del cosmos como tal), muchos formulan sugerencias de enmienda, usualmente de alcance parcial, pero a veces basadas en fórmulas mágicas, utópicas, de índole fundamental. Éstas pueden ser:

a) emocionales,¹ inclusive basadas en religiones, o nacidas de impaciencia juvenil;² pero también pueden ser,

1 Cf., la bonita anécdota relatada por Ortega y Gasset, del chofer de taxi en París que comunica a su pasajero: "*Monsieur, il faut détruire tout!*" El pasajero, interesado en este remedio, pregunta: "*Et après?*", y el chofer contesta: "*Oh, après; on verra!*" ("¡Hay que destrozar todo!"; "¿Y luego?"; "Oh, luego, ¡ya veremos!")

2 Cf., la frase más antipolítica que conozco, que apareció en la fachada de la Sorbona durante el conflicto con De Gaulle: "*Nous voulons tout, tout de suite!*"

b) de carácter cerebral, abstracto.³

En tales proyectos generales encontramos una tendencia de sacrificar un mundo que no se entiende cabalmente, para sustituirlo por otro mundo que no puede existir; y en caso de un éxito inicial (como en caso del fascismo, del sovietismo, de la Polpotada, etcétera) tales programas presentan un camino directo hacia sangrientos desarrollos (necesarios para posponer el triste momento en que el fracaso se vuelva evidente) y una liquidación final, a menudo violenta.

3. Por lo tanto, es mejor que nos dediquemos a una serie perpetua de mejoras muy limitadas y prudentes, siempre observando la reacción de la realidad y quedando dispuestos a rectificar el rumbo de nuestro experimento; y, por lo demás, conviene fiarnos provisionalmente de las tradiciones, o sea de la cristalizada sabiduría del pasado, aunque sin convertirnos en esclavos ciegos del *Dios-de-las-Cosas-Como-Son*.

Por lo tanto, es recomendable el gradualismo, con cierta confianza en la tradiciones, más bien que un intento de transformación general, nacido de fórmulas cerebrales elaboradas por tecnócratas y visionarios.

4. La decisión. 1) Respecto de lo que conviene modificar y lo que por lo pronto debe preservarse, y 2) respecto del ritmo y espaciamiento de los cambios, debe colocarse fundamentalmente en manos de una élite nacional, bien educada pero no necesariamente de sangre azul (aunque la conciencia del pasado honroso de la familia es importante en un ciudadano responsable). Esta élite no debe ver la situación del país principalmente a la luz del interés de su propia clase, y por su forma de vivir debe tener un íntimo contacto con la

(“Queremos todo, inmediatamente”). En la fachada de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM vimos durante algunas semanas, recientemente, la frase de una inocencia enternecedora: “¡Todos al Poder!”

3 En la actualidad inclusive pueden nacer de econometría o elucubraciones sociomatemáticas peores.

realidad, pero sin verse obligada a trabajar ininterrumpidamente para su propio sustento: debe tener una suficiente cuantía de ocio y su educación debe haberle implantado cierta inclinación hacia la observación distanciada, filosófica, de los acontecimientos del día.

5. Para la necesaria cohesión social es necesario que cada ciudadano tenga alguna religión centrada en un Ser Supremo que mediante su revelación apoye aquellos valores morales que son importantes para la vida cívica; pero no es esencial que todos tengan la misma religión.

Alrededor de este núcleo coherente de ideas burkianas, durante la lectura de sus escritos principales uno encuentra varias otras meditaciones, dispersas, que tienen cierta relevancia para nuestros propios tiempos, o que nos ayudan a comprender mejor el ambiente de la Inglaterra de su época. Por lo tanto, también éstas han sido añadidas al amplio elenco de los diversos aspectos del pensamiento de Burke que el lector encontrará en las próximas páginas.

—o0o—

En el estudio de Burke, un reto atractivo consiste en el hecho de que su pensamiento politológico no ha sido formulado en tratados o artículos teóricos: paulatinamente, a través de sus discursos, ensayos y cartas (privadas o destinadas a una circulación pública) se nos revela un mundo complejo, bastante coherente, de intuiciones y convicciones, conectadas cada vez con los problemas políticos prácticos que se presentaron ante nuestro autor en su labor de parlamentario o de alto funcionario.

Esto coloca al investigador ante la atractiva tarea adicional de estudiar cuando menos las grandes líneas de la vida sociopolítica de la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XVIII, sobre todo en relación con el problema irlandés, los abusos que la *East Indian Company* estaba cometiendo en

la India, los intentos de la Corte por recuperar parte del poder que desde el siglo pasado había perdido en beneficio del Parlamento, la secesión de las colonias norteamericanas y, finalmente, el impacto de la Revolución Francesa en Inglaterra, donde (sobre todo inicialmente) inspiró movimientos favorables al jacobinismo,⁴ y cuyo gobierno siempre tuvo que vigilar si el descontento de Escocia e Irlanda no fuera a ligarse a una peligrosa simpatía por el experimento francés.

Hay pocos aspectos de mi propia posición politológica que no han sido tocados en alguna forma por estos ocho meses de lecturas burkianas, y la meditación de las páginas de Burke a menudo me ha obligado a dar una forma más concreta a ciertas ideas vagas mías, o, precisamente, a matizar y flexibilizar algunos conceptos que en mi mente habían tomado una forma demasiado sencilla y absoluta.

Sigo siendo tan neoliberal como hace medio siglo cuando, a los veinte años, descubrí las obras de Wilhelm Röepke (que, desde entonces, me han acompañado de país a país, con todas las observaciones marginales que desde sus primeras lecturas añadí a sus páginas). Pero esta inclinación neoliberal no ha sido impedimento alguno para la profunda simpatía que sentí por casi todos los puntos de vista de Burke; por lo tanto, éste no puede haber sido tan “reaccionario” como desde Thomas Paine y Carlos Marx, sus adversarios, lo han pintado, y a través de las siguientes páginas he hecho diversos intentos para ligar a Burke con la polifacética corriente neoliberal; pero también he procurado conectarlo con otros temas modernos, que no son ingredientes típicos del ideario

4 En la lectura sobre la época de Burke, el neófito no debe dejarse confundir por la semejanza entre el término de “jacobinos” (los elementos radicales, antimonárquicos, antiaristócratas y anticlericales que surgieron en la Revolución Francesa) y los “jacobitas”, que continuaron simpatizando con el rey Jacobo II, expulsado de Inglaterra durante la Revolución de 1688, y que (al igual que sus descendientes) por mucho tiempo siguieron intrigando desde Francia para recuperar el poder en Inglaterra (apoyados por la Santa Sede hasta 1766).

neoliberalista, como son, por ejemplo, la creciente aversión al “etnocidio”;⁵ el grado de libertad de conciencia que debe tener el parlamentario para equilibrar su visión del bien común con los intereses particulares de su electorado; o el papel de las “élites” en la vida nacional.

Si el lector considera que en algunos casos mis observaciones son más “pintorescas” de lo que el tradicional buen gusto académico recomienda, le suplico considerar tales frases como intentos de incrementar la eficacia didáctica de esta publicación.

—o0o—

Sin llegar a presentar un análisis “exhaustivo” de la politología de Burke —cuya cabeza es, efectivamente, “un mundo”— después de ocho meses de lectura selectiva de obras y obritas de este autor, comenzaba a revelármese un panorama burkiano lo suficientemente relevante para el pensamiento moderno, como para ofrecerlo al público académico mexicano, de manera que acepté agradecido la oportunidad que me ofreció el licenciado Juan Méndez Vázquez, rector de la Universidad Autónoma de Tlaxcala, de publicar el librito que el lector tiene en este momento delante de él, y para cuya impresión los constantes buenos cuidados de parte de Héctor Ortiz Ortiz, coordinador de los Estudios de Posgrado del Departamento de Derecho y Ciencias Sociales de dicha universidad, y de Raúl Cuevas Sánchez, director de ese departamento, han sido un gran apoyo: en estas materias, la poderosa voz que pronuncie el “*imprimatur!*” no basta, y se necesita un cariñoso cuidado cotidiano al proyecto en desarrollo.

Al mismo tiempo, esta publicación es para mí como un símbolo tangible de la muy agradable relación que desde hace

5 O sea, estrangulación de culturas étnicas por influencias impuestas desde fuera.

ya más de una década, dentro y fuera de las aulas de su Posgrado en Derecho, he tenido con la activa y cordial comunidad académica tlaxcalteca.

Además agradezco a la University of Texas, en Austin, la ayuda que me dieron sus *reference librarians* para encontrar el camino en el vasto laberinto de las publicaciones antiguas y modernas acerca de Burke, y al Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM⁶ la autorización para elaborar este librito durante las tardes que siempre dedico a aquel Olimpo de la ciencia jurídica mexicana.

Espero que con estas páginas haya establecido un puente sólido entre la obra de Burke, que sigue siendo un horno candente de ideas, y el público politológico mexicano, y que haya logrado contribuir en algo a la variedad y flexibilidad del pensamiento político del lector, ofreciéndole, en algunos casos, material para una mayor firmeza de sus ideas y, en otros, unos empujoncitos hacia aquellas dudas intelectuales que en nuestro desarrollo individual pueden ser tan benéficas.

San Ángel, D. F., 1 de octubre de 1993

⁶ Desde la muerte del doctor Noriega Cantú, el director de este instituto, doctor José Luis Soberanes, es —en cuanto sepa— el único jurista del actual medio mexicano que ha dedicado algunas páginas a Burke (en su muy recomendable *Aproximación a la historia del sistema jurídico mexicano*, México, FCE, 1992)